



“El Giro“

Trescientos cuarenta y dos kilómetros de la capital de la República, por la vía del Ferrocarril Nacional, se encuentra la Estación de Santa Cruz, edificada sobre terrenos de la Congregación de Cuendá, distante siete kilómetros al Sur de la villa de aquel mismo nombre, cabecera de uno de los distritos del Centro del Estado de Guanajuato.

Es Santa Cruz una población de ocho mil habitantes situada á los 20°, 37', 30" de latitud Norte, y 1°, 50', 56" de longitud W del meridiano de México, con una elevación de mil setecientos veinte metros sobre el nivel del mar. Su clima es templado por encontrarse al abrigo de los vientos septentrionales, gracias á la sierra de las Codornices, que toma en ese punto las denominaciones de

Sauz, Sombreretillo, Cimatario y Corrales. Fué en un principio congregación de otomiés, y se elevó al rango de pueblo como vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el marqués de Valero (1).

Hoy es villa de importancia; cuenta con muy buenos edificios, entre los cuales se enumeran: la Parroquia, severa é imponente, así en el interior como en el exterior, con atrio extenso circundado de barandal de fierro, que da al conjunto hermosísimo aspecto; el Curato, la Jefatura, las Escuelas y el Panteón Municipal con magníficos monumentos sepulcrales. Frente á la Iglesia hay un jardín regularmente atendido que lleva el nombre del Iniciador de nuestra independencia, con una columna conmemorativa en el centro y el águila simbólica de los aztecas sirviendo de remate; en la base de dicha columna pueden leerse los nombres de los ilustres caudillos Hidalgo, Allende, Morelos y Guerrero, que aparecen escritos con grandes

(1) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor D. Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.



Sauz, Sombreretillo, Cimatarío y Corrales. Fué en un principio congregación de otomíes, y se elevó al rango de pueblo como vicaría perteneciente al Curato de San Juan de la Vega, el 3 de Mayo de 1721, en virtud de la cédula de fundación expedida por el marqués de Valero (1).

Hoy es villa de importancia; cuenta con muy buenos edificios, entre los cuales se enumeran: la Parroquia, severa é imponente, así en el interior como en el exterior, con atrio extenso circundado de barandal de fierro, que da al conjunto hermosísimo aspecto; el Curato, la Jefatura, las Escuelas y el Panteón Municipal con magníficos monumentos sepulcrales. Frente á la Iglesia hay un jardín regularmente atendido que lleva el nombre del Iniciador de nuestra independencia, con una columna conmemorativa en el centro y el águila simbólica de los aztecas sirviendo de remate; en la base de dicha columna pueden leerse los nombres de los ilustres caudillos Hidalgo, Allende, Morelos y Guerrero, que aparecen escritos con grandes

(1) Consúltese para mejores detalles la interesante Geografía del Estado de Guanajuato, escrita por el señor D. Pedro González, de la que he tomado las notas relacionadas con la situación, clima, etc., de Santa Cruz.



JARDÍN «HIDALGO». — SANTA CRUZ, GUANAJUATO

letras negras. El monumento data del año de 1873 y se debe á la munificencia del señor D. Martiniano Herrera, en aquel entonces Jefe Político de la localidad.

La instrucción pública en Santa Cruz ha alcanzado notable desarrollo; fué de los primeros lugares del Estado en obtener las indiscutibles ventajas del moderno sistema de enseñanza, y hoy cuenta con dos planteles «Modelo» para niños y niñas, estando al frente de ellos profesores de reconocida aptitud para el desempeño de tan ardua y noble tarea; lo que habla muy alto en favor de la administración actual y del honorable vecindario que ha sabido secundar los benéficos impulsos de las autoridades encaminados á la educación de la niñez desde los primeros días de su existencia.

Mucho ha tenido que sufrir la población en diversos períodos de su vida, particularmente en los años que precedieron y siguieron al memorable acontecimiento de Dolores; pero también ha sido el teatro de muy grandes hazañas y el asiento y baluarte inamovibles de los abnegados defensores de la autonomía nacional, en la gloriosa y por mil títulos inolvidable lucha que afianzó los derechos de un pueblo soberano y dió

á conocer al mundo entero el valor y la pericia de sus mejores adalides, conquistándoles para lo futuro la vida de la inmortalidad y el laurel inmarcesible del reconocimiento.

Santa Cruz vió en los tiempos de prueba discurrir por sus calles á la flor de los guerrilleros del Bajío; pero entre ellos uno ha dejado memorias imborrables de su permanencia en el lugar; el nombre de Andrés el Giro se pronuncia con respeto; sus proezas se recuerdan con entusiasmo; albérgase en los buenos corazones cariño y gratitud profundos para el héroe legendario que, manteniéndose á la altura de la noble causa que con singular desprendimiento defendiera, encúmbrese á la altura de los titanes, y da con su sacrificio, ejemplo de sublime fortaleza á las generaciones del porvenir.

Las noticias que siguen, relacionadas con la vida y glorioso fin del célebre guerrillero, débolas en su mayor parte á la benevolencia del ilustrado vecino de Santa Cruz, D. Juan Galván, quien á su vez las obtuvo de un descendiente del indígena Canuto Silva, compañero y amigo del Giro y de su paisano Albino García en diversas y muy importantes expediciones, en las que tuvo oportunidad de co-

nocer y tratar á ambos, cual si perteneciesen á su propia familia.

La ciudad de Salamanca tan rica en episodios de la Independencia, la Reforma y el Imperio, fué la cuna de D. Andrés Delgado. En el populoso y alegre barrio de Nativitas vió la luz por vez primera el indio de raza pura, que al correr de los años se había de convertir en auxiliar poderosísimo de su patria y en acérrimo defensor de los intereses de sus hermanos en desgracia. De padres humildes, pero trabajadores, acostumbró desde pequeño á ver en su hogar miserias y laboriosidades en íntimo consorcio; la sombra de los dolores y la benéfica luz de la esperanza, que no deja de ser la compañera inseparable del menesteroso en sus horas de tribulación y de amargo desconsuelo; y en compañía de los seres queridos comenzó la batalla por la existencia, dedicándose al rudo trabajo de tejedor de mantas, las que semanalmente vendía en Guanajuato, comprándose con el producto de la venta nuevos materiales para su diaria labor y una prenda que otra para renovar las que de su vestido de los días de fiesta ibanse deteriorando; pues asegúrase que siempre gustó D. Andrés de la buena

ropa, y á esto se debe el apodo con que generalmente se le conoce.

Alguna vez, encontrándose rodeado de sus compañeros que lo felicitaban por los ahorros que había conseguido reunir en fuerza de privaciones y miserias, les dice con semblante satisfecho, enseñándoles su limpia camisa, su flamante sombrero de anchas alas y su calzonera de pana negra:

—¿No les parece á ustedes que ahora sí estoy muy giro?

* * *

Permaneció por mucho tiempo el futuro insurgente en su tierra nativa, arbitrándose los medios de subsistencia que el oneroso trabajo á que estaba consagrado podía proporcionar; pero casi á raíz del pronunciamiento en Dolores, y á causa de serios disgustos con un español avecinado en Salamanca, separóse de allí el Giro, sin dar á conocer á persona alguna los motivos de su viaje, ni el punto en que pensaba establecer su nueva residencia.

En 1812, y cuando la revolución había cundido por diferentes lugares del país,

D. Andrés Delgado preséntase de nuevo en Salamanca con el carácter de jefe de una poderosa guerrilla, que en combinación con la de Albino García y su hermano «el brigadier D. Panchito», operaba en ese lugar, Valle de Santiago, Santa Cruz, Irapuato y otras plazas de importancia.

Ya no era entonces el humilde tejedor de mantas, el indígena obscuro del alegre barrio de Natívitás, que al fin de cada semana iba á la capital de la intendencia á vender su mercancía. El entrañable amor á su patria y el deseo de ser útil á los suyos, había hecho del indio miserable un guerrero audaz, consumado jinete y habilísimo en el manejo de la lanza.

Y la suerte protegía al temible campeón y la fortuna le tendía sus brazos, cual si fuese una madre cariñosa; donde quiera que el nombre del Giro resonaba, era segura la victoria; el teatro de sus campañas dilataba más y más sus horizontes; y Yuriria, Chamacuero, San Felipe y San Miguel el Grande disputábanse sus triunfos y eran otros tantos clarines proclamadores de su gloria.

Desde 1812 hasta mediados de 1819, Delgado fué luchador invencible en las

extensas comarcas del Bajío; tuvo por compañeros á los más adictos del bando independiente; hizo con D. Francisco Javier Mina la mayor parte de las campañas, sirviéndole con lealtad y desempeñando á conciencia las delicadas comisiones que le fueron encomendadas por aquel inolvidable caudillo; recibió por su intachable conducta las calurosas felicitaciones del Congreso Insurgente y el delicado puesto de Comandante de la provincia, que ocupaba al ser sacrificado por D. Anastasio Bustamante, el mismo que dos años después había de proclamar la Independencia en la hacienda de Pantoja.

En sus frecuentes expediciones á Santa Cruz alojábase en la casa de los indígenas de apellido Joya, con los que mantenía estrechas relaciones de años atrás y á quienes dejaba en depósito, fuertes sumas de dinero para las imperiosas necesidades de la guerra. La casa ocupaba una parte de lo que es ahora Panteón Municipal; en la misma, y en uno de los departamentos interiores, habíase descubierto una cueva de la que partía un subterráneo semejante á otros que en el pueblo existen y que el vulgo conoce por «dos Campamentos», subterráneo que

iba á desembocar, atravesando dicho pueblo en casi toda su extensión, á un bosque inmediato del que no quedan ni vestigios en la actualidad. Muchas veces se sirvió Delgado de ese oculto camino para guardar sus tesoros y sus armas ó para libertarse de las persecuciones de sus contrarios.

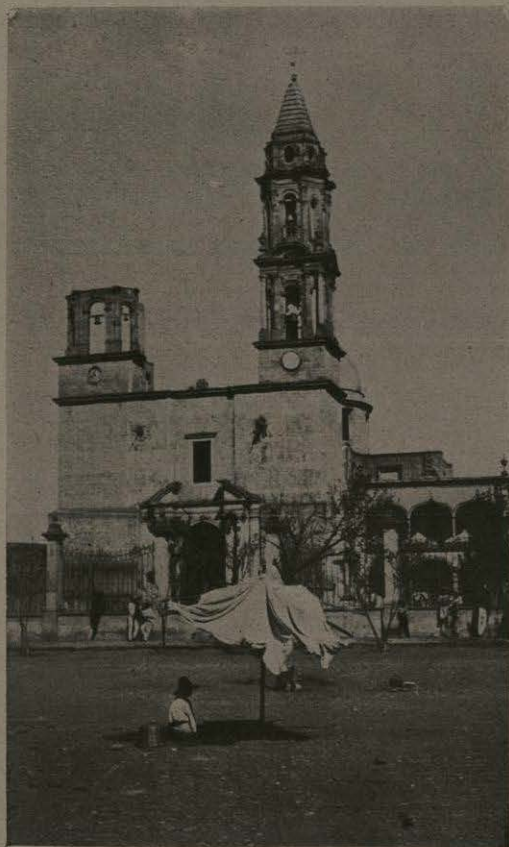
En los ratos de ocio gustaba mucho de visitar á unos amigos que vivían en la casa, hoy en construcción, al poniente del jardín; allí pasaba el tiempo jugando á los naipes, y como tenía apostado en las afueras del lugar un individuo de toda su confianza, con objeto de que le indicase por medio de un cohete la presencia de los realistas, apenas aquél hacía la señal, mandaba D. Andrés alistar su cabalgadura y sus armas, esperaba que los enemigos llegasen hasta la plaza misma del pueblo, y cuando éstos rodeaban la habitación, seguros de apoderarse del guerrillero, se abría la puerta, el Giro se presentaba montado á caballo, lanza en ristre, y con estupefacción de sus compañeros, arremetía por en medio de los contrincantes, llegaba al bosque y dejando en libertad á su corcel, encaminábase al boquete del subterráneo y momentos más tarde reposaba tranquila-



ATRIO É IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA CRUZ,
GUANAJUATO

iba á desembocar, atravesando dicho pueblo en casi toda su extensión, á un bosque inmediato del que no quedan ni vestigios en la actualidad. Muchas veces se sirvió Delgado de ese oculto camino para guardar sus tesoros y sus armas ó para libertarse de las persecuciones de sus contrarios.

En los ratos de ocio gustaba mucho de visitar á unos amigos que vivían en la casa, hoy en construcción, al poniente del jardín; allí pasaba el tiempo jugando á los naipes, y como tenía apostado en las afueras del lugar un individuo de toda su confianza, con objeto de que le indicase por medio de un cohete la presencia de los realistas, apenas aquél hacía la señal, mandaba D. Andrés alistar su cabalgadura y sus armas, esperaba que los enemigos llegasen hasta la plaza misma del pueblo, y cuando éstos rodeaban la habitación, seguros de apoderarse del guerrillero, se abría la puerta, el Giro se presentaba montado á caballo, lanza en ristre, y con estupefacción de sus compañeros, arremetía por en medio de los contrincantes, llegaba al bosque y dejando en libertad á su corcel, encaminábase al boquete del subterráneo y momentos más tarde reposaba tranquila-



ATRIO É IGLESIA PARROQUIAL DE SANTA CRUZ.
GUANAJUATO

mente en el hogar de los Joya, sin conceder importancia ni mérito alguno á la prueba de valor que podía haberle costado la vida.

* * *

Al anoecer del 2 de Julio de 1810, las fuerzas de D. Anastasio Bustamante habían salido de Salamanca rumbo á Santa Cruz, en la seguridad de sorprender al indomable guerrillero que, según las nuevas recibidas de fuente autorizada, hallábase tranquilo, sin sospechar de nadie, en una choza de las inmediaciones del rancho de San Nicolás situada en el fondo de la barranca de «La Laborcilla». En la madrugada del 3 de Julio rodean la choza soldados de Bustamante á las órdenes de D. José María Castillo, alférez del cuerpo de dragones de San Luis; al ruido que producen los caballos despiértase el valeroso indígena, y sin tiempo de recoger sus armas, deslízase á favor de la semi obscuridad por entre el grupo de los acompañantes de Castillo; á un centenar de pasos, y en el fondo mismo de la barranca, lucha cuerpo á cuerpo con el jefe de la expedición hasta caer moribundo con terrible herida de lanza

en el pecho; hace esfuerzos inauditos por levantarse, y al fin lo consigue, apoya sus espaldas sobre unas piedras, arráncase del pecho el arma mortífera y hiere con ella á Castillo y á tres de los soldados que lo acompañaban. La rendición del héroe se hace imposible, y desde lejos y lapidándolo, es como logran terminar con su existencia.

El Giro cae para no levantarse más, vitoreando á la patria y á su independencia: ¡los dos bellos ideales de su vida!

El 3 de Julio de 1810, por la mañana, agolpábanse numerosos vecinos de Santa Cruz frente á «la Capilla de bóveda», vetusta construcción de aspecto imponente que no ha mucho fué derribada desde sus cimientos, y que á la mitad de la cuarta calle de la Victoria erguía sus cenicientas paredes medio cubiertas por un grupo de viejos árboles, semejante á esas tristes reliquias que denuncian al viajero el paso de los siglos y la inestabilidad de las miserias humanas. Allí, en el interior de la ruinoso capilla, como sangriento despojo de los rencores de la época, yacía el decapitado cuerpo de D. Andrés el Giro; la cabeza había sido llevada en son de triunfo á la tierra natal del insurgente.

* * *

No hay un monumento en las áridas rocas del martirio, ni en mármoles y bronces se conserva la imagen del estoico luchador; la Capilla de bóveda no existe; los fúnebres despojos del indígena reposan en ignorado lugar de extinguido cementerio; mas la gratitud guarda memoria fiel de los hechos prodigiosos del célebre insurgente, y parece que resuenan como rumor de plegarias y desbordamiento de bendiciones los últimos versos del histórico romance de Manuel Acuña:

Mártir, que toda tu sangre
supiste dar por la patria;
tú, de los desconocidos
que murieron por salvarla,
¡gracias por tu fortaleza,
por tu sacrificio gracias!



Un soldado del ejército trigarante

LA terrible guerra de once años por obtener la emancipación política de México había tocado á su término, y los últimos denodados insurgentes podían con orgullo levantar la cabeza coronada con el laurel conquistado en numerosos combates; saludar la venida de un día memorable en los fastos de la antigua perla de España, y, con la conciencia tranquila y el corazón desbordante de ternura y felicidad, á la sombra bendita de un hogar honrado descansar de las ímprobas faenas, seguidos de las bendiciones de un pueblo generoso, que los aclamaba como sus libertadores y les otorgaba el más grande y significativo de los premios: la gratitud que no marchitan envidias ni rencores, la veneración que aumenta más

y más con el transcurso de los tiempos y el predominio de la verdad y la justicia.

Las tierras del Sur, como el país montañoso de Asturias en los heroicos tiempos de D. Pelayo, habían sido el asiento de un grupo de soldados fieles á su causa y decididos á luchar hasta el fin por la realización de sus nobles ideales. A la cabeza de ese grupo se encontró siempre lleno de ardor y patriotismo el denodado general D. Vicente Guerrero, alma y sostén de la insurrección en aquellos críticos años en que todo parecía tornar al antiguo orden de cosas, y que, sin embargo, no era sino el postrer impulso del coloso por conservar sus ricas y extensas posesiones, el último embate de furibunda tempestad precursora de la calma que pronto reinaría en el suelo mexicano.

El 27 de Septiembre de 1821 se efectuó la entrada del ejército trigarante en la capital del virreinato, en columna de honor dividida en doce secciones, alcanzando la cifra de diez y seis mil ciento cuarenta y nueve individuos. El inmenso júbilo se retrataba en todos los semblantes; la ciudad presentaba un aspecto deslumbrador con sus casas adornadas de vistosos cortinajes; las campanas se echaron á vuelo y las salvas atronaron

incesantemente el espacio; la muchedumbre bullía alegre y satisfecha con la victoria alcanzada después de tantos desvelos y á costa de tan señalados y cruentos sacrificios.

No pueden menos que recordarse, al evocar tan fausto acontecimiento, las tiernas palabras de aquel viejo inválido de quien se ocupa el distinguido escritor y poeta D. Juan de Dios Peza, en su interesante obra «Recuerdos de mi vida»: «Cada batallón, cada regimiento, cada grupo era saludado con vivas y aplausos nutritivos desde las calles hasta las azoteas, y cuando pasábamos los soldados del Sur, los que habíamos peleado sin tregua once años en las montañas, los que formábamos la legión indomable del general Vicente Guerrero... ¡ah! entonces el entusiasmo rayaba en delirio; nos arrojaban flores, nos decían miles de ternuras, y nosotros, llenos de gratitud, nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas armas y hasta de nuestra piel ennegrecida, tostada por la lumbre del cielo del Sur y por la pólvora de los combates.

«Éramos allí lo más grande ante los ojos del pueblo; éramos los insurgentes; des-

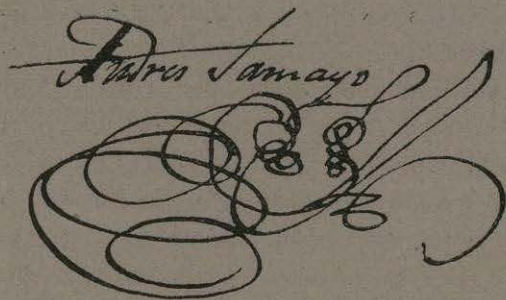
«cendíamos en línea recta de Hidalgo, de Morelos, de Abasolo, de Galeana, de Aldama, de Allende, de todos aquellos que fueron excomulgados, atormentados y asesinados al fin por nuestros enemigos.»

* * *

Los nombres de muchos partidarios de la independencia mexicana son conocidos en documentos que tienen relación con la entrada del Ejército de las Tres Garantías en México; sin embargo, hanse olvidado en ellos no pocos personajes que prestaron importantes y meritorios servicios á la obra de la emancipación, desde su origen hasta el feliz término de la lucha; que asistieron á diversas acciones de guerra y derramaron su sangre en los campos de batalla, con el valor, la nobleza y el civismo que caracterizara siempre á los más abnegados y fieles defensores de su territorio.

Entre los que yacen cubiertos por el polvo del olvido, merece especial mención el coronel D. Andrés Tamayo, de gloriosos antecedentes en su larga y penosa vida de militar, que comienza casi desde el movimiento iniciado en 1810 y no con-

cluye sino años más tarde, cuando el gobierno de la República, en días de continuo pronunciamiento, recayó en las manos del general D. Anastasio Bustamante; pues desde esa época hasta principios de 1850 retirase á la vida privada el coronel Tamayo, con el cuerpo rendido por las fatigas de una existencia laboriosa y el corazón lleno de la incurable amargura que ocasiona á los hombres públicos la hiel del desengaño y el profundo dolor de las ingratitudes y miserias humanas.



FACSIMILE DE LA FIRMA DEL CORONEL
DON ANDRÉS TAMAYO

Fué el personaje que ahora recordamos hijo del Valle de Santiago, donde pasó su infancia y una buena parte de su primera juventud, dedicándose en las aulas á nu-

trir el espíritu, mientras llegaba el tiempo de consagrarse á las rudas faenas del campo en las magníficas propiedades que sus antecesores poseían en terrenos pertenecientes al pueblo de Huanímaro.

Cuando ya se encontraba D. Andrés al frente de aquellas propiedades, verificáronse memorables acontecimientos que habían de proporcionar al país un cambio profundo en sus instituciones, y á los que tales acontecimientos motivaron, la muerte dignísima de los mártires y el supremo galardón de los redentores.

Habiéndose educado desde pequeño el futuro insurgente en una atmósfera impregnada del más puro patriotismo, comprendió desde luego los frutos que podían obtenerse de la insurrección y las luces y trabajos que de sus buenos hijos necesitaba el oprimido suelo, para arrojar de una vez las opresoras y denigrantes cadenas que á tierra extraña lo unían y conquistar en lo sucesivo el honroso puesto que sus méritos acreditaban entre las cultas naciones del Viejo Mundo y las que en breve surgirían en el Continente americano descubierto por Cristóbal Colón, como perla inapreciable ofrecida á la corona de España, después del triunfo alcanzado por los Reyes Católicos en

Granada sobre las aguerridas huestes de la media luna.

Estas razones y el carácter fogoso y entusiasta de D. Andrés, hicieronle empuñar las armas, acudir de los primeros al llamamiento de los caudillos y constituirse jefe de un buen número de voluntarios, con los que emprendió serias labores en las cercanías de Huanímaro y en otros puntos de la comprensión del Valle de Santiago, manteniéndose siempre en relaciones con notables guerrilleros que hacían la campaña en diferentes demarcaciones de la provincia de Guanajuato, prestándoles su apoyo personal y desinteresada protección en circunstancias aflictivas.

Puede asegurarse que á contar de aquella fecha, no descansó un momento el infatigable guerrero; sus bienes todos estaban á disposición de la causa que con generoso empeño y liberalidad sin medida viniera defendiendo; sus más grandes aspiraciones cifrábanse en ver á su patria libre y poderosa, aun cuando á la terminación de la contienda, sus servicios fuesen olvidados y su limpio nombre no figurase en la lista de los servidores de México; pues como él lo había dicho en alguna de sus correspondencias: «No aspiro

á que se me coloque en un puesto brillante, al que ni la cortedad de mis luces, ni mis débiles fuerzas me han hecho acreedor. Conozco que si tengo prestados algunos servicios, no he hecho otra cosa que cumplir con los deberes de un soldado, bajo cuyo respecto nada pido ni nada deseo.»

¡Hermoso ejemplo de modestia y abnegación sin límites, que vemos repetido á cada paso en la grandiosa epopeya que dió lustre á nuestro país y conmovió al universo entero!

* * *

Como he dicho en alguno de los episodios anteriores, la temprana muerte de los caudillos que iniciaron la lucha por la independencia, el fusilamiento de don José María Morelos en Ecatepec, la pérdida de sus mejores generales Galeana y Matamoros, el indulto á que varios cabecillas se acogieron y la escasez de los elementos indispensables al desarrollo y buen éxito de las operaciones de la guerra, motivaron la falta de unión y disciplina en las tropas independientes; quedando reducido el campo de acción á pocos lu-

gares del Bajío y á las comarcas del Sur, que podrían considerarse como único punto donde ardía sin extinguirse el fuego patrio.

Tales condiciones de penuria y falta de unificación decidieron á Tamayo á emprender un viaje á las tierras del Sur, á fin de proporcionar más amplios horizontes á sus benéficos afanes y estrechar mejor su conocimiento con el invencible campeón á cuyo cargo estaba la custodia de la bandera insurgente; sin desanimarle en su impulso generoso, ni los intereses de familia, que quedaban en poder del enemigo, ni el temor que todos experimentaban al pisar por la primera vez un territorio invadido por crueles y mortíferas enfermedades, que no dejarían de hacer mella en un organismo poco acostumbrado á sufrir los rigores del clima de la costa.

Al lado del ilustre caudillo del Sur, quien recibió cariñosamente al bravo militar de la provincia de Guanajuato, hizo las campañas de 1818 á 1821, asistiendo á los combates librados en Tamo, Ztirándiro, Coyuca, Tetela del Río, Cutzamala, Zapotepec y otros no menos importantes; presenció en Acatémpam la famosa entrevista de Guerrero y D. Agus-

tín de Iturbide, y tuvo la envidiable satisfacción de entrar en México, formando parte del glorioso Ejército de las Tres Garantías, el memorable 27 de Septiembre de 1821, con el grado de teniente coronel, al que siguió pocos días después el de coronel, como justa recompensa á los servicios que á su patria prestó en los años de más triste y profunda desesperanza.

* * *

Vuelto al Valle de Santiago, y lejos de entrar de lleno en los goces de una vida pacífica, se le nombra jefe del cuerpo «Auxiliares de Guanajuato», y más tarde, primera autoridad política en su suelo nativo, cargos que desempeñó fielmente, granjeándose por su intachable conducta y especiales dotes administrativas el aprecio de muy notables personas en el gobierno de su país, entre las que se recuerdan: D. Manuel Doblado, D. Anastasio Bustamante y D. Luis Cortazar, de quienes se conservan cariñosísimas cartas en el archivo del ameritado coronel.

Recluído en sus habitaciones por antigua y pertinaz dolencia, ve llegar sin inmutarse á la muerte, y despósase con

ella el 26 de Febrero de 1850, dejando en el mundo á su querido hijo Santiago y á la virtuosa compañera D.^a María Tamayo y Rosales, quien no tardó en acompañarle á los dominios de la eternidad, agobiada por el pesar que le causó la desaparición del amantísimo esposo.

Del matrimonio del hijo del insurgente y la respetable señora María de Jesús Peguero viuda de Tamayo, hubo diez hijos: Felicitas, Andrés y Toribio, difuntos; Hilario, Miguel, Felipe, Soledad, Maura, Refugio y María de las Mercedes (1), que viven, como su anciana madre, respetando la memoria del que luchó sin tregua por la independencia mexicana, y acompañó á Guerrero en los años de luto y en el día de felicidad.

La señora Peguero viuda de Tamayo guarda con religiosa veneración algunos documentos y prendas del uniforme que usó el finado coronel, cuando la entrada en México del Ejército Trigarante. Alguna vez que me fueron mostradas esas reliquias, sentí que el llanto nublabá mis ojos y que de lo íntimo del corazón esca-

(1) Casada con el respetable Sr. D. Crescencio Saavedra, á quien debo importantes datos para la formación de las leyendas relacionadas con el Valle de Santiago.

pábanse como torrente mis bendiciones para el héroe desconocido. Entonces acudieron á mi memoria aquellas palabras tuyas: «No aspiro á que se me coloque en un puesto brillante, al que ni la cordedad de mis luces, ni mis débiles fuerzas, me han hecho acreedor. Conozco que si tengo prestados algunos servicios, no he hecho otra cosa que cumplir con los deberes de un soldado, bajo cuyo respecto nada pido, ni nada deseo.»

¡Hermoso ejemplo de modestia y abnegación sin límites, que vemos repetido á cada paso en la grandiosa epopeya que dió lustre á nuestro país y de la que pudiera decirse con D. Vicente Riva Palacio: ¡Es un poema; necesita un Homero; todos los hombres pueden comprenderla, sólo los ángeles podrían cantarla!



Juicio crítico

La Insurrección de 1810 en el Estado de Guanajuato. *Heroísmos, campañas, martirios y sacrificios de los primeros insurgentes. (Tradiciones y Leyendas, por FULGENCIO VARGAS.)*

LABOR tan elevada y noble como digna de imitación y de encomio, es la de haber llevado á cabo una obra en que se reseñan las glorias más puras de nuestro pasado en la épica guerra de la Independencia.

Acometió tan loable empresa un escritor joven, devoto hasta el fanatismo de la Historia y de la Poesía; que nació en el risueño pueblo del Jaral, perteneciente al Estado de Guanajuato, y que se ha formado solo, nutriendo su espíritu con la lectura de grandes modelos, sin dejar de cultivar desde su retiro cordiales relaciones con los mejores adelidos de nuestras letras.

Este joven escritor es Fulgencio Vargas.

Desde hace años, en cada ocasión que visitaba los alrededores de su pueblo nativo,